



**POST:
EL SOLDADO**

**SEAN
BLACK**

SERIE BYRON TIBOR

Post: El Soldado (Byron Tibor 1) Sean Black

Traducido por Paola Grochi

“Post: El Soldado (Byron Tibor 1)”

Escrito por Sean Black

Copyright © 2016 Sean Black

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Paola Grochi

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

- [Página de Titulo](#)
- [Página de Copyright](#)
- [Post: El Soldado](#)
- [Sobre este libro](#)
- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [CAPÍTULO 15](#)
- [CAPÍTULO 16](#)
- [CAPÍTULO 17](#)
- [CAPÍTULO 18](#)
- [CAPÍTULO 19](#)
- [CAPÍTULO 20](#)
- [CAPÍTULO 21](#)
- [CAPÍTULO 22](#)
- [CAPÍTULO 23](#)
- [CAPÍTULO 24](#)
- [CAPÍTULO 25](#)
- [CAPÍTULO 26](#)
- [CAPÍTULO 27](#)
- [CAPÍTULO 28](#)
- [CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

[CAPÍTULO 63](#)

[CAPÍTULO 64](#)

[CAPÍTULO 65](#)

[CAPÍTULO 66](#)

[CAPÍTULO 67](#)

[CAPÍTULO 68](#)

[CAPÍTULO 69](#)

[CAPÍTULO 70](#)

[CAPÍTULO 71](#)

[CAPÍTULO 72](#)

[CAPÍTULO 73](#)

[CAPÍTULO 74](#)

[CAPÍTULO 75](#)

[CAPÍTULO 76](#)

[CAPÍTULO 77](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de Sean Black](#)

Post: El Soldado

Sean Black

Copyright © Sean Black, 2014

Sean Black ha reivindicado su derecho a ser identificado como el autor de este libro bajo la reglamentación de la Ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.

Este libro es una obra de ficción, y, con excepción de los hechos históricos, cualquier parecido con personas reales, vivas o no, es pura coincidencia.

Sobre este libro

Exhausto por años de combate, y perseguido por los fantasmas de su pasado, nada podrá impedir que Byron Tibor regrese a casa junto a la mujer que ama. Pero ¿es Byron quien aparenta ser y por qué el gobierno de los Estados Unidos está determinado a detenerlo?

Desde las colinas sangrientas del Hindu Kush a las brillantes luces de Manhattan, pasando por el bajo mundo de Las Vegas, POST es la historia de la lucha de un hombre por mantener su humanidad, antes de que sea demasiado tarde.

Para Lee

Estoy en la calle, frente a nuestro viejo apartamento. Los gases de los tubos de escape del tráfico de las últimas horas de la tarde y las hojas doradas de fines de otoño me llevan al pasado. Hace frío. Doy zapatazos en la acera tratando de calentar mis pies. Una mujer que pasea un perro pequeño enfundado en un pulóver de lana pasa a mi lado. Nuestros ojos se encuentran y ella desvía la mirada abruptamente, ondeando su cabellera dorada. En una ciudad en constante movimiento, estar quieto levanta sospechas, sobretodo cuando luces como yo.

Yo asusto a la gente. Ven algo en mis ojos. Al principio pensé que era muerte, pero no lo es. La muerte es una presencia, y lo que ellos ven en mí es ausencia.

Está oscureciendo. El último rayo de sol colorea el frente del edificio de un exquisito color miel dorada por unos minutos preciosos, mientras espero afuera. Me digo a mí mismo que he llegado muy lejos, he visto tantas cosas, que todo lo que me ha pasado me obliga a mantener mi posición. Debo verla otra vez. Una última vez.

“La humanidad no durará para siempre. Pero no veo por
qué no podemos disfrutar ser humanos por un tiempo
más.”

Nicholas Aggar

CAPÍTULO 1

Bank of America, Santa Mónica, California

Lewis

Cuando el hombre enfundado en una gastada chaqueta verde se acercó a su mostrador, Shawna Day movió su pie derecho hacia el botón de la alarma silenciosa situado en la alfombra, directamente bajo su caja. Aunque no parecía llevar arma alguna y no había hecho ningún esfuerzo por cubrirse la cara con algo más que la sombra de una barba, todo sobre él, desde la cabeza girando hacia los lados todo el tiempo hasta los hombros hundidos y los ojos mirando furtivamente en todas direcciones, todo su aspecto decía a gritos dos palabras: ladrón de bancos.

Ocultó su preocupación con un “¿En qué puedo ayudarle?” de manual. Shawna miró más atentamente al hombre del otro lado de la ventanilla de seguridad. Tendría unos veintitantos, aunque sus grasientas ojeras azuladas lo hacían parecer mayor. Su cabello estaba cortado al rape. Él volvió su cabeza hacia la izquierda, mirando sobre su hombro al único guardia de seguridad del banco. Shawna pudo observar una cicatriz roja en forma de semicírculo en la base del cráneo. El hombre sujetaba un sobre de Manila marrón. Tenía vendado el dorso de su mano izquierda, y había una costra roja de sangre sobre la gasa. Shawna sintió náuseas al ver la sangre y el sucio vendaje.

—¿Señor? — dijo ella, dirigiendo su atención hacia el sobre. Estaba abultado en las esquinas. Ella lo observó buscando cables. Un tiempo atrás, un ladrón de bancos utilizó bombas falsas para cometer una serie de robos en el área metropolitana de Los Ángeles.

Por encima del hombro del extraño pudo ver al guardia de seguridad. El guardia tendría unos cincuenta años, de complexión algo fofa, no hablaba con nadie excepto con el gerente y se separaba del resto del personal para almorzar. Él también estaba vigilando al cliente. Ver que el guardia estaba atento la hizo sentir un poquito mejor respecto a sentimiento su paranoia.

El hombre levantó los ojos y su mirada se encontró con la de la cajera. Su boca se torció hacia arriba en una sonrisa forzada. Ella habría sentido lástima por él, de no haber sido por sus ojos. Las pupilas eran vacíos de negra obsidiana. Se enfocaban en un lado y luego en otro de la cara de la cajera, contrayéndose y expandiéndose una y otra vez, como la apertura del obturador de una cámara.

Era raro, extraño, pero no lo suficiente como para presionar el botón de alarma. Posiblemente el joven estuviese drogado, tal vez con PCP, la droga callejera menos suave. Pero eso no era de su incumbencia. Qué diablos, estamos en Santa Mónica. Sales a la calle y probablemente 75 por ciento de la población local estaba drogada con algo: niños usando Ritalina para estar tranquilos; profesionales con Adderall para ser más productivos; amas de casa con Valium y Pinot Noir; *baby boomers* flotando en una dulce nube de marihuana; y vagabundos como el tipo que tenía en frente, que quieren algo más fuerte a cambio de sus magros dólares.

El joven de los ojos de obturador aún no hablaba.

—Señor — dijo Shawna más firme, recordando que ni con la fuerza que daba un subidón de PCP podría atravesar la ventanilla de seguridad —. Hay gente esperando. ¿Me podría decir en qué lo puedo ayudar hoy?

El hombre respiró profundamente y bajó su mano lastimada, la izquierda, sosteniendo firmemente el abultado sobre con la derecha. Cerró los ojos y los volvió a abrir, su exhalación silbó entre sus blancos dientes, los que sugerían una vida diferente en el pasado. Shawna empezaba a de-

sear que sacara un arma, sus ojos eran más escalofriantes que un robo.

En la fila, una madre rezongó a su hijo pequeño por clavarle su dedo regordete a su hermanita. La niña, que estaba sujeta en su carrito de bebé, pateaba frustrada. El cajero al lado de ella contaba una pila de billetes de veinte para una mujer asiática. Solo el guardia de seguridad parecía demostrar algún interés por lo que estaba pasando en la ventanilla cuatro. Mientras, la pierna de Shawna empezaba a acalambrarse por estar en una posición incómoda por encima del botón de alarma.

Finalmente, los labios del hombre se movieron. Tragó tan fuerte que ella pudo ver como se movía su nuez de Adán. Ella le sonrió, esperando una respuesta, algo, cualquier cosa.

—Está muy amarilla —dijo él, en una voz calmada y suave, como si lo que dijo fuera lo más natural del mundo.